



CAPÍTULO 01

¿QUÉ ES EL GÉNERO?

El enfoque crítico de género es la mirada que nos permite problematizar cómo llegamos a ser varones o mujeres, por qué existen mandatos acerca de cómo debemos ser varones o mujeres, y de qué modo esos

mandatos generan relaciones desiguales y violentas, que vulneran nuestra libertad, autonomía e igualdad. Este enfoque, a su vez, nos permite entender por qué las mujeres y las diversidades sexuales se encuentran, en general, en situaciones de inferioridad de poder respecto de la mayoría de los varones.

Decimos que este enfoque es crítico porque, no solo busca describir las relaciones de género, sino también dotarnos de herramientas para comprender su carácter injusto, denunciar las formas de violencia y discriminación que se desprenden de ellas, y comprometernos a cambiar nuestras prácticas en un sentido igualitario.



Cuando se introduce la perspectiva de género, suele afirmarse que nacemos con un sexo biológico (macho o hembra) y, en base al mismo, se nos asigna un género (masculino o femenino) a partir del cual conformamos nuestra identidad (en principio binaria, varón o mujer según el caso). De esta manera, mientras el sexo sería natural, el género sería aprendido culturalmente. Pero existe una forma alternativa de explicarlo: los seres humanos nacemos con diferentes características corporales, como resultado de procesos que sí son biológicos. Entre ellas, nacemos con diferentes genitales. Sin embargo, es la cultura en que nacemos, y no la naturaleza, la que hace de las diferencias genitales LA DIFERENCIA (que llamamos diferencia sexual) que nos clasifica y divide entre machos (quienes nacen con pene) y hembras (quienes nacen con vagina). Esta clasificación entre machos y hembras, entonces, no es un mero hecho biológico, sino una interpretación cultural que hace que toda la variedad de cuerpos sea reducida a dos únicos sexos.

Esa interpretación cultural es lo que llamamos "género": un dispositivo de poder, un guion, que socializa a los cuerpos con pene en la masculinidad, para que se conviertan en varones, y a los cuerpos con vagina en la feminidad, para que se conviertan en mujeres.

Aquellas personas que se identifican con el género que les fue asignado al nacer, se consideran personas cisgénero (el prefijo "cis" significa "del mismo lado"). En cambio, las personas trans (travestis, transexuales y transgénero) son quienes se identifican y perciben en un género distinto al que les asignaron al nacer (por ejemplo, un varón trans es aquella persona que asignada hembra/mujer al nacer, se siente, construye y percibe a sí misma como varón).

Entonces, nuestras formas de actuar, de ser, de sentir no responden a diferencias naturales entre los varones y las mujeres, sino que son resultado de lo que llamamos socialización de género. Es decir, de las formas en que nos crían y educan en lo que es masculino o femenino según la cultura y el momento histórico. Por eso mismo, y a pesar de su fuerte arraigo en las costumbres, tradiciones y religiones, esas formas son posibles de ser modificadas. La socialización de género es un proceso que se da durante toda la vida y en todos los ámbitos en los que una persona se mueve: la escuela, el barrio, los medios, las instituciones, las familias, los grupos de amigos.

Decimos que esta socialización de género es opresiva porque de forma más o menos evidente nos condiciona a desear unas cosas y a rechazar otras, a jugar, a expresarnos, a vestirnos, a desarrollarnos según un guion que establece qué es "de varón" y qué es "de mujer" en un momento histórico particular. De ese modo, se ven vulnerados nuestros derechos a desarrollarnos libremente y de forma autónoma.

Además, la socialización de género no nos hace simplemente diferentes, sino que también nos hace desiguales. Nuestras culturas otorgan diferentes oportunidades a varones y mujeres, dando mayor valoración a lo masculino y dejando en un lugar de subordinación a lo femenino.



¿Qué tiene que ver la ORIENTACIÓN SEXUAL con el género?

Comúnmente, entendemos que la heterosexualidad es la orientación sexual de aquellas personas que se sienten atraídas por el "sexo opuesto". Ahora bien, así como señalamos que la cultura hace que una variedad de cuerpos sea construida en dos únicos sexos, diferentes y desiguales, esa misma cultura nos dice que esos sexos también son complementarios. En ese sentido nos dirán, "lo que no tiene uno, lo encuentra en el otro, y viceversa".

El problema no estaría en la complementariedad, ya que, en general, los seres humanos buscamos complementarnos con otros para vivir en comunidad. El problema es que, al suponer que la única forma de hacerlo es a través del establecimiento de una relación sexoafectiva con el sexo considerado opuesto, la heterosexualidad deja de ser una orientación posible para transformarse en una norma, en la única orientación sexual considerada normal y legítima. Para describir críticamente este fenómeno se usa el concepto de "heterosexualidad obligatoria".

Suele afirmarse que esta orientación es la "normal" porque es la que permite la reproducción. Sin embargo, las vías de acceso a la maternidad y paternidad, hoy en día, son múltiples y no dependen exclusivamente de la reproducción biológica entre un varón y una mujer. Y, además, ¿por qué creer que el fin primero y último de la sexualidad es la reproducción?

La sexualidad es un proceso complejo de construcción en el que inciden múltiples factores. No puede ser reducido a explicaciones genéticas, biológicas ni psicológicas. Las orientaciones sexuales son diversas y no debemos atribuirles valores morales. Lo único

importante con relación a nuestra sexualidad, es que podamos vivirla de forma libre, placentera, cuidada, sin violencias ni discriminación.

Es importante mirar nuestras relaciones desde el enfoque de género, ya que esto nos permite observar que allí donde creíamos que había simples e inocentes diferencias, hay relaciones de desigualdad. Y que estas relaciones, no son así, sino que están así, y es nuestra responsabilidad contribuir a transformarlas.

¿Qué es y qué no es la MASCULINIDAD?

La masculinidad es un concepto difícil de definir, por lo que vamos a empezar por lo que la masculinidad NO ES.

La masculinidad NO ES un hecho biológico, no depende de los genitales con los que hayamos nacido. La masculinidad NO ES la manifestación de una esencia interior, no está determinada ni por el alma ni por las energías. La masculinidad NO ES un conjunto de atributos propiedad de los varones, no es algo que se tiene o que se posee. Pero entonces, ¿qué es la masculinidad?

La masculinidad es un concepto relacional, ya que existe solo en contraste con la feminidad. Se trata, además, de un concepto moderno, no ha existido desde siempre ni en todas las culturas. Es un conjunto de significados, siempre cambiantes, que construimos a través de nuestras relaciones con nosotros mismos, con los otros y con nuestro mundo. La masculinidad no es estática ni atemporal, es histórica.

Si decíamos que el género es un dispositivo de poder, un guion para la socialización de varones y mujeres, la masculinidad es esa dimensión del dispositivo y del guion destinada a la educación de los varones en ciertos mandatos y prácticas.

Algunos autores hablan de masculinidades en plural, para dar cuenta de que pueden existir diversas formas de ser varones, e incluso, diversas identidades masculinas, sean varones o no. Por ejemplo, personas no binarias, lesbianas o mujeres que se identifican y expresan desde una apropiación singular de la masculinidad.

Si bien esto es cierto, es imprescindible que problematicemos la masculinidad no solo en plural, atendiendo a las diversas identidades o expresiones de género que se autoperciben masculinas, sino como un dispositivo que produce y reproduce relaciones desiguales de poder.

En ese sentido, la masculinidad en singular es un mandato, un conjunto de normas, de prácticas y de discursos, que de ser asumidos de forma más o menos "exitosa" asignan a los varones (cisgénero y heterosexuales, sobre todo) una posición social privilegiada respecto de otras identidades de género.

Masculinidades NORMATIVAS Y SUBORDINADAS

Así como dijimos que la cultura hace que una variedad de cuerpos sea construida en dos únicos sexos, diferentes y desiguales, esa misma cultura exalta un tipo de masculinidad sobre muchas otras posibles. Esta masculinidad se impone como norma y produce

socialmente lo que debe esperarse de las personas que se identifican masculinas. Toda versión que no se corresponda con esa norma o guion hegemónico, será colocada en un lugar de inferioridad.

Como ya dijimos, se pretende que las personas masculinas sean varones cisgénero, es decir, personas que nacieron con pene y testículos, que fueron asignadas como varón al nacer y que se autoperciben tales. Pero, además, se espera de ellos que sean heterosexuales, es decir, que orienten su deseo sexual hacia mujeres cisgénero, nacidas con vagina y vulva.

A estos varones, desde pequeños, se les enseña a distinguir entre la actividad y la pasividad, la autosuficiencia y la dependencia, la razón y la emoción, la fortaleza y la debilidad, el honor y la vergüenza, la valentía y la cobardía, el éxito y el fracaso, la dominación y la subordinación. Mientras que los primeros términos de estas dicotomías se construyen como deseables, los segundos aparecen asociados a las mujeres y a la femineidad como algo ajeno, secundario e inferior. La mayoría de los varones son condicionados a construir su identidad mostrando una férrea oposición a esa idea de femineidad. Un varón, para ser considerado tal, debe demostrar continuamente que no es un niño, que no es una mujer y que no es homosexual.

Algo importante a considerar, que hace a la construcción de la masculinidad pero también a las dificultades para su deconstrucción, es que la masculinidad se practica, demuestra, reconoce y consolida en los grupos de pares. Los varones están bajo el persistente escrutinio de otros varones: se muestran y representan como varones frente a otros varones y es allí donde se avalan y reproducen muchas de las prácticas más nocivas para ellos y para quienes se relacionan con ellos.

La virilidad, en tanto sexualidad activa, se va construyendo y reconociendo ante la mirada de otros varones que operan como examinadores de una "verdadera masculinidad". Este proceso de legitimación homo-

social está lleno de peligros, con riesgos de fracaso y con una competencia intensa e imparable que hacen que el miedo a quedar afuera del grupo de pares ("que te quiten la credencial de macho") sea la emoción que moviliza cada gesto, práctica, palabra en el recorrido de "hacerse varones". La violencia aparece allí como una de las formas más destacadas de validación de la masculinidad normativa y la complicidad machista como uno de los mecanismos más comunes para evitar su cuestionamiento.

También es relevante considerar que, así como hay normas de masculinidad y masculinidades normativas que son las que se aproximan con mayor éxito a encarnar sus mandatos, también hay masculinidades subordinadas. La masculinidad no es una, ni es única, sino que está estructurada en una jerarquía "interna" de poder. Por ejemplo, la masculinidad de varones de pueblos originarios y de sectores empobrecidos está en posiciones de subordinación respecto a la de los varones blancos y de clase media/alta; la de varones trans respecto a la de varones cisgénero; la de varones homo o bisexuales respecto a la de varones hetero; la de varones adultos respecto a la de niños y adolescentes; la de varones con discapacidad respecto a la de los varones sin aparente discapacidad; y las masculinidades de personas que no se identifican como varones respecto a las de quienes sí lo hacen. Sin embargo, también es probable que esos varones subordinados tengan posiciones sociales más ventajosas que las mujeres con las que comparten un mismo grupo social en términos de clase, etnia u orientación sexual.



Los varones y las RESISTENCIAS a pensarse como SUJETOS DE GÉNERO

¿Cuáles son las dificultades de los varones para introducirse en un proceso en el que nos pensemos en clave de género? ¿Qué resistencias podrían empezar a aparecer al trabajar estos temas?

En nuestra experiencia como facilitadores/as de talleres de masculinidad con varones nos hemos encontrado con diversas resistencias. Si bien no tienen por qué aparecer en todos los casos y pueden darse en diferentes medidas, en función del contexto, del trabajo previo, de las relaciones de género que caracterizan ese espacio, nos parece importante advertir sobre estas cuestiones, para que no se desanimen y puedan atravesarlas sin abandonar el proceso.

Una de las características fundamentales de la masculinidad, como estructura de poder, es su invisibilidad como conjunto de normas, valores, expresiones, roles que definen lo que debe o no ser un varón en nuestra sociedad. La masculinidad parece adquirir notoriedad solo cuando aparece en un cuerpo que no es el del varón blanco heterosexual de clase media. Michel Kimmel (1997), en este sentido, plantea que los varones viven como si no tuvieran género. Y ejemplifica dicha invisibilidad y su relación con la resistencia de los varones a transformar sus prácticas de género, a partir de una anécdota muy ilustrativa, sobre un encuentro entre una mujer blanca y una mujer negra. Ésta última pregunta: "Cuando te miras al espejo, ¿qué ves?". "Veo una mujer", responde la blanca. Es entonces cuando la mujer negra explica: "Ese es el problema, cuando

yo me miro al espejo, veo una mujer negra. Para ti la raza es invisible, porque así funcionan los privilegios". Kimmel ilustra con esto que los privilegiados no saben cómo o por qué lo son. Y dice: "Antes, cuando me veía al espejo veía a un ser humano, sin raza, clase o género: un sujeto universal. A partir de esa conversación me convertí en un hombre blanco de clase media. Me di cuenta de que la raza, la clase y el género también tenían que ver conmigo. Si queremos que los hombres entren a la discusión de la salud sexual y reproductiva, tenemos que hacer la masculinidad visible para ellos y darnos cuenta de que la invisibilidad es consecuencia del poder y el privilegio" (Kimmel, 2000: 7).

La masculinidad no solo aparece como el elemento jerarquizado del par de género binario (masculino/femenino), sino que también se ubica como representante de la totalidad de la humanidad, como lo universal que habla, mira, juzga y decide. Así, cuando habla un varón, si cumple con las características de la masculinidad normativa (varón, heterosexual, blanco, clase media/alta), pareciera que lo hace en nombre de la totalidad de los seres humanos. Y ello también es un privilegio naturalizado, por eso, cuando pretendemos que los varones se piensen como sujetos de género, situados, con intereses parciales y responsabilidades concretas, no saben cómo hacerlo, no quieren hacerlo, se sienten interpelados y cuestionados. Esa reacción, aunque muchas veces inconsciente, es una forma de defender el privilegio de ser considerado un sujeto universal, es el privilegio de que sus privilegios no sean visibles ni se encuentren amenazados.

Para poder comenzar a problematizar las desigualdades de género, resulta fundamental que quienes se asumen como varones hagan el ejercicio de pensarse como grupo social, trascendiendo la individualidad. Y esa es la principal resistencia que hemos encontrado: ubicarse como sujeto de género en el marco de una construcción colectiva. "¿Se refieren a uno/nosotros o a los varones en general?", "No somos todos iguales", "No nos metan a todos en la misma bolsa", son las ex-



presiones que solemos escuchar, como mecanismos defensivos, para ubicarse por fuera o por encima de las prácticas masculinas en cuestión.

Es obvio que todos los varones son diferentes entre sí, pero es importante asumir y transmitir que no existe una posición neutra que nos haga "simplemente personas", sino que, lo que somos, cómo nos movemos, actuamos, pensamos y vivimos, está atravesado por las estructuras de poder que nos ubican de manera diferencial de un lado u otro del vector de poder, y esto trasciende nuestras trayectorias individuales.

A su vez, suele aparecer una distancia enorme entre lo que la sociedad dice que es la masculinidad y lo que un adolescente particular piensa que es su masculinidad. Difícilmente el adolescente varón se identifique con la masculinidad normativa. Entre otras cosas, porque muchos de los mandatos de la masculinidad, como veremos en el siguiente capítulo, se dirigen al varón adulto: proveedor, procreador, protector, por ejemplo. Entonces, ante el convite a reconocerse destinatario y (potencial) reproductor de dichos mandatos, suele reaccionar diciendo "yo no soy eso". En menor o mayor medida, casi todos los varones lo dicen, porque casi ninguno encaja a la perfección en la norma. De hecho, la norma en tanto ficción reguladora y disciplinadora, tiene como objetivo que los varones de carne y hueso no logren alcanzarla, que dejen su vida en intentarlo, o sientan culpa y vergüenza por no lograrlo.

Lo que nos interesa destacar para el fin que este cuadernillo fue elaborado, es que todos los varones fueron, son y serán socializados en los discursos normativos de la masculinidad. Y que, cada uno, con sus diferencias y singularidades, pueda reflexionar en qué medida está encarnando dichos mandatos, así no sea en la medida más evidente, grosera y violenta. De lo contrario, la construcción de estereotipos de masculinidades de machos alfa y violentos, solo sirve para desidentificarse, tomar distancia y evadir la responsabilidad de problematizar qué prácticas machistas sigan reproduciendo. Y acá una salvedad: en el marco de una cultura machista y una organización patriarcal de la sociedad, no hay quien esté libre de machismo y, por ende, de la necesidad de mirarse al espejo.

Los varones, en general y los adolescentes, en particular, se encuentran desorientados ante un mundo que está cambiando vertiginosamente y ante sus

compañeras mujeres que ya no callan, que denuncian las violencias y las injusticias, demandan ser tratadas como semejantes y en igualdad de condiciones. Cabe destacar que, para la cultura patriarcal, el mandato de feminidad es no amenazar los privilegios de los varones. Por eso, es común que en esta coyuntura donde más que nunca las mujeres elaboran discursos que los interpelan, ellos traduzcan su desorientación en enojo, malestar e incomodidad.

Nuestro rol como facilitadores/as no es ahorrarles esa incomodidad, que es fruto de la historia en movimiento. Por el contrario, debemos invitar a transitar y abrazar dicha incomodidad como principio de transformación, como una oportunidad histórica para soltar tanto mandato y tanta norma, como una ocasión para ser más libres y, también, más justos con ellos mismos y con quienes tienen la posibilidad de compartir sus vidas.

